

de que la Iglesia romana tolera el pelagianismo, basta ver los libros de los molinistas para convencerse de que admiten á favor de todos los escogidos una preferencia gratuita de la divina misericordia, una gracia siempre preveniente, siempre necesaria para todas las obras piadosas, y una dirección especial que los guía en ellas. Mas los falsos tomistas ó los semicalvinistas y los calvinistas rigurosos, no saben contentarse con esto; y toda gracia que no destruya el libre ejercicio de la voluntad, será siempre para ellos una gracia pelagiana.»

Mientras los mas sabios jesuitas de España y de Italia consumían en Europa su tiempo y sus talentos en la controversia, cuyo objeto y resultado acabamos de indicar, otros hijos de Ignacio mirando solo por la mayor gloria de Dios, á ejemplo de su padre, y ardiendo en deseos de hacer fuese conocido en todas partes Jesucristo crucificado, no pensaban en otra cosa que en dilatar el imperio de la Iglesia, siguiendo las huellas del apóstol de las Indias y del Japon. Desde la salida de los embajadores de esta nación (1582) para ir á la capital del mundo cristiano, habia derramado en ella el Evangelio unos torrentes de luz que obligaban á los pueblos á avergonzarse de sus dogmas fabulosos, y echaban por tierra el orgullo mas encaprichado de su sabiduría. En medio de la ciudad imperial, un sabio llamado Dosam, que habia recorrido todas las academias de la China y del Japon, siendo admirado de cuantos le oían, conferenció por casualidad con un misionero acerca de la naturaleza de nuestras almas, que en su concepto eran materiales (1). Convencióle en tanto extremo de lo contrario el europeo, como tambien de las consecuencias que se derivan de este primer principio, que Dosam quedó confundido al ver su ignorancia y no menos consternado de los peligros á que le esponía. Amaba sinceramente la verdad, y así la confesó luego que llegó á

(1) *Hist. del Jap. lib. 6.*

conocerla, se humilló ante el Señor de los corazones, y le fortaleció Dios de tal suerte, que, conculcando todos los respetos humanos, dispuso que le instruyesen á fondo en nuestros misterios, y después recibió el bautismo. No es posible explicar el asombro que causó en toda la ciudad esta noticia. Siguiéron su ejemplo setecientas ú ochocientas personas que iban todos los dias á oír á Dosam como á un oráculo; é imitolas tanto número de otras, que no cabían en las iglesias. «El sabio (se decía por todas partes) se ha hecho cristiano. Dosam, que todo lo sabe, no ha encontrado otra religion mejor que el cristianismo.» Por espacio de muchos dias no hablaron de otra cosa el emperador y toda su corte.

No detuvo estos progresos del Evangelio el rumor de la persecucion que poco después conidió; antes bien, nunca se vieron mas conversiones que entonces, aun en los lugares donde residia el emperador, y aun entre las mugeres, las cuales desmintieron, por decirlo así, la flaqueza de su sexo. Temiendo el rey de Tango que la peregrina belleza de la reina su esposa, aun muy joven, excitase alguna pasión menos honesta en el emperador, la tenía de continuo encerrada en un palacio, donde vivía con grande inocencia. No obstante ser idólatra, habíala hablado muchas veces con aprecio de la Religión cristiana, que por lo menos despertaba la admiracion de los que no la abrazaban. Esta princesa, dotada de un talento admirable, conservó todo lo que se la habia dicho; y como sus costumbres no servían de obstáculo á las impresiones de la gracia, sintióse muy inclinada á una religion tan conforme á sus felices disposiciones; mas no teniendo esperanza de lograr el consentimiento del rey su esposo, fuéla indispensable tratar de su conversion con el mas profundo secreto, y recatarse de una infinidad de personas que la estaban observando de continuo.

Educábase por fortuna á su lado una princesa de la casa Real, con quien la conformidad

de las inclinaciones virtuosas la unió mas estrechamente aun que el vínculo de la afinidad, y á la que está princesa nada ocultaba. Descubrióse á esta amiga segura, que tenia libertad para ir y venir, y enviola á que comunicase con un misionero sus deseos y sus dificultades. Teniendo la mediadora igual deseo que la reina de abrazar el cristianismo, no se concretó á su comision, sino que hizo que la bautizasen, y tomó el nombre de María. La gracia del bautismo la trasformó al punto en apóstol. Todas las señoras de la corte, á quienes dió parte de su felicidad, fueron unas tras otras á buscar al misionero, y regresaron ya cristianas. La misma dicha tuvo un caballero que fué acompañándolas. Gemía entretanto la reina con la mayor amargura, porque veíase esclava del infierno en medio de una corte á la que habia proporcionado la libertad de los hijos de Dios. Volvió la princesa María á buscar al misionero, hizo que la instruyese perfectamente en el modo de conferir el bautismo, y luego que se restituyó á palacio, bautizó á la reina dándole el nombre de Gracia, nombre que quizá nunca se puso á nadie con mas justo título. La neófita no tardó en ser una cristiana perfecta, y vióse dotada del don de fortaleza hasta un grado que solo comunica el Espiritu Santo á las almas muy privilegiadas. En cuanto á María, sublimóse de tal suerte su alma en el ejercicio del ministerio divino, que desde entonces miró su persona como consagrada á Dios. Al punto que bautizó á la reina, volvió á buscar al misionero, arrodillóse en su presencia al pie del altar, é hizo voto de virginidad no obstante los muchos y distinguidos personajes que solicitaban su mano, y en el mismo dia se presentó en público con las insignias que la parecieron mas á propósito para demostrar que renunciaba todo género de comunicación con el siglo.

Todo esto se habia verificado durante la ausencia del rey, mas habiendo regresado este á su palacio, llevólo muy á mal, y declaró con

imperio á la reina y á toda su corte que era necesario abjurar al punto una Religion odiosa al emperador, y capaz de arruinarle á él. Siendo inútiles las amenazas y las reflexiones, recurrió á los malos tratamientos, y cupo mas parte de ellos á la reina que á ninguna otra persona, porque el resentimiento del rey era proporcional al amor con que la miraba. A todos los excesos del despecho y del furor opuso ella una paciencia y una serenidad inalterables, y conocieron que era imposible vencer su constancia. Enfermó de peligro en este tiempo un hijo del rey, y pidió ella á la princesa María le administrase el bautismo; y habiéndolo ejecutado, recobró el moribundo al instante la salud. El rey al ver esto no pudo menos de deponer su enojo, y tomó el partido de disimular y de no dar qué sentir á unas personas á quienes no podia menos de amar y reverenciar.

Fué muy ejemplar la vida, y mucho mas la muerte de esta reina, que era la persona mas bella, la princesa de mas ingenio, y quizá la cristiana mas fervorosa de toda la Iglesia del Japon, es decir, del mismo santuario del fervor. En vez de ser idólatra de su hermosura, parecia que se habia propuesto rajarla y desfigurarla con las austeridades de la penitencia. Aprendió muy bien el latín y el portugués, no tanto como un adorno, como con el designio de tener un medio para alimentar mas y mas su piedad. Consistía su mayor cuidado después de la lectura y de los demás ejercicios devotos á que se entregaba, en recoger los huérfanos y los hijos de los pobres, en vestirlos y cuidarlos por sí misma, en instruirlos en los elementos de nuestra Religion, y en hacerlos solidamente cristianos. Después de doce años de una vida tan santa, fué víctima de los celos del rey su esposo, no porque hubiese concebido este la menor sospecha de su fidelidad, sino porque temió que llegase á ser objeto de otro amor. En una de aquellas súbitas revoluciones

que son tan frecuentes en el Japon, habiáale dejado en la ciudad fortísima de Osaka, y con todo eso no quedaba su ánimo del todo tranquilo. Por lo cual habia mandado á su mayordomo que si caía la plaza en manos del enemigo, cortase al punto la cabeza á la reina y prendiese fuego al palacio. Tomaron á Osaka, y se le intimó al mayordomo que pusiese á la reina en poder del vencedor. Aquel criado, que veneraba en gran manera á su ama, buscó todos los medios posibles para libertarla, pero todo fué inútil. Pasó, pues, á visitarla, arrojóse á sus pies inundándolos con un torrente de lágrimas, y la declaró el bárbaro precepto que habia recibido. « Todos pereceremos pronto (añadió), y el único consuelo que me queda es no alcanzar en días á una princesa cuya muerte sería para mí el tormento mas insufrible. » Oyó la reina este discurso como si fuera la cosa mas indiferente para ella. « Ya sabes (le dijo) que soy cristiana, y que la muerte no intimida á los cristianos. Por lo que á tí toca, reflexiona bien cuál ha de ser tu suerte por toda una eternidad. » Dichas estas palabras entró en su oratorio, y postrada ante la imagen del Dios que murió por nosotros, ofrecióle el sacrificio de su vida. Llamó despues á sus damas, las cuales eran todas cristianas, abrazólas con cariño, y espúsolas, que no estando condenadas á morir, las obligaba la ley de Dios á retirarse antes que se incendiase el palacio. Solo se oían sollozos y gritos lamentables, á escepcion de la reina que se mantenía tranquila; entrando otra vez en el oratorio, llamó al mayordomo y le dijo que podia cumplir su comision: arrojóse este de nuevo á sus pies, y rogóla le perdonase la muerte que iba á darla. Púsose al punto de rodillas la reina, separó del cuello la ropa que podia servir de estorbo, y pronunciando los nombres de Jesus y Maria, recibió el golpe que la cortó la cabeza. Tal era la fortaleza cristiana en las almas del Japon, independientés en cierto modo de los lazos de la carne y de la fragilidad del sexo,

no menos que de las otras debilidades naturales! El rasgo siguiente acabará de demostrar la energía del carácter de esta nacion, aun en aquella clase de gentes que parece menos dispuesta al heroismo. Habiéndose el rey de Sajuma apoderado del Bongo, desde donde se habia propagado la fé por los demas reinos, los bonzos, que le habian favorecido mucho en aquella invasion, ejercieron su venganza con un furor extraordinario en esta cristiandad floreciente, y trataron sobre todo de incendiar las iglesias y cuantos monumentos del cristianismo pudieron encontrar. A la vista de Vosuqui, que habia caído ya en su poder, habia un fuerte separado de esta ciudad por un brazo de mar bastante estrecho, y unos cuantos centenares de vasallos fieles, hombres y mugeres, defendian en él los derechos de su legítimo soberano. No pudo menos de indignarse una de aquellas heroínas al ver, en medio de las iglesias reducidas á cenizas, un templo de ídolos y una magnífica casa de bonzos, que parecian conservados para insultar á la verdadera Religion. « ¡Cómo! (esclamó) ¿Por ventura hemos de ser nosotros espectadores ociosos del triunfo de la impiedad? » Tomó al punto su resolucion, esperó la noche con impaciencia, echóse entonces á nado, pasó el brazo de mar, incendió el templo y el monasterio de los bonzos; y hecho esto, volvió á atravesar el mar, entró triunfante en la fortaleza, y convidó á todos á que en su compañía fuesen á gozar del placer de mirar cómo devoraban las llamas aquellos trofeos orgullosos de la idolatría. Aunque el último emperador, llamado Nobunanga, no profesaba el cristianismo, habiáale protegido de tal suerte que era ya la Religion dominante aun en la capital del imperio; mas este príncipe, abandonado á sus vergonzosas pasiones, permaneció siempre ciego en el centro de la luz; á pesar de las continuas exhortaciones de los hombres apostólicos con quienes no se cansaba de conversar. Estravióse

por último tan deplorablemente con el vértigo de un orgullo insensato, que mandó le edificasen un templo, y publicó un edicto en que, suspendiendo cualquiera otro culto, mandó que de todas las regiones del imperio fuesen á ofrecer sacrificios al emperador. Despreciaron los cristianos el edicto, y fingió Nobunanga que no lo echaba de ver; mas tomó Dios una venganza ejemplar de tan grande impiedad, pues en una conmocion encendida por un hombre despreciable, por un aventurero que no tenia mas habilidad que saber dibujar, pereció aquel príncipe, rebelde á la gracia, en el punto mas brillante de su carrera (1582). Habia formado el gran designio de reducir todos los reyezuelos del Japon á la clase de simples vasallos, segun la constitucion primitiva del imperio, y ya habia llegado á conquistar mas de treinta reinos, de los que sacó inmensas riquezas. La ciudad, y sobre todo el palacio de Anzuquiama, que era llamado en el Japon el paraíso de Nobunanga, y que se podria mirar como una de las raras maravillas del mundo, bastan para dar una idea del poder y opulencia de este emperador, que los habia hecho construir en algunos meses. A treinta millas de Meaco, hácia el Mediodia, se abre una llanura deliciosa y muy estensa, entrecortada por una infinidad de arroyos, tapizada por un verdor siempre renaciente, y sombreada con árboles que dan frutos y flores en casi todas las estaciones. En medio de la llanura se levanta una montaña escarpada, que se divide en tres crestas, bastante semejante á la figura de una flor de lis. Al pie de la montaña hay un lago espacioso sembrado de islas, que forman como otros tantos ramilletes, y del lago sale un rio que serpentea lentamente y hace mil círculos en toda la estension del valle: lo que ha hecho decir á los poetas japoneses que se alejaba con disgusto de estos encantadores lugares. En el sitio en donde el lago se transforma en rio, se habia edificado la ciudad de Anzuquiama, y el palacio que formaba como su

ciudadela habia sido construido en la cima mas elevada de la triple montaña; sobre las dos crestas laterales habian construido para sí los gefes y los reyes vasallos del imperio palacios de una magnificencia proporcionada. Se subia al del emperador por una soberbia escalinata cortada en la roca, de la cual se salia á una vasta plataforma, que con el palacio ocupaba toda la cima del monte, la cual se habia allanado con un trabajo difícil de concebir. Esta vasta plaza estaba rodeada de un muro todo de piedras pulimentadas, y de cincuenta codos de altura.

El interior del palacio, las habitaciones, las galerías, los jardines, los terrados, todo estaba marcado con el sello de la grandeza y de lo maravilloso; pero lo que se veia con mas admiracion era una torre elevada en forma de pirámide en el centro del palacio, cuyo coronamiento formaba. Tenia siete pisos; cada uno de estos tenia su techo al estilo japonés, y estos techos, así como las cornisas, estaban pintados de diversos colores, cuyo resplandor era realzado por el brillante barniz del Japon que casi hace el efecto de nuestros espejos y que resiste á todas las injurias del aire. El todo estaba terminado por una pequeña media naranja de mucha luz, enriquecida por dentro y por fuera de lapiz-lázuli, de pinturas, de mil adornos de buen gusto, y remataba en una ancha corona de oro macizo. Sobre todo, esta media naranja, en la que se habian prodigado los mas preciosos barnices, despedia un resplandor tan maravilloso, que costaba igualmente pena el fijar la vista en ella y el apartarla. Todas estas maravillas fueron reducidas á cenizas, despues que se saquearon los tesoros de Nobunanga que estaban depositados en este lugar, y que apenas se pudieron trasportar en tres dias.

Para colmo de infortunio, á consecuencia de este cambio de dinastía en el imperio temporal del Japon, fué arrebatado el trono á la posteridad de Nobunanga y ocupado por un hombre tan

mal nacido como el asesino de aquel príncipe. Había sido criado de un gentil-hombre de su corte, despues de lo cual sentó plaza de soldado, y pasando por todos los grados de la milicia, obtuvo el mando de los ejércitos. Tal era el famoso Taicosama, llamado antes Faxiba, que al principio representó el papel de vengador de Nobunanga y de tutor de su nieto para allanarse el camino del trono, al que subió bien pronto. Fueron bastante tranquilos los principios de su reinado, y aun favorables á los cristianos, á quienes, atendido su crecido número, no convenia irritar en los principios de una autoridad usurpada y poco segura.

Observaba que casi todos los principales empleados del imperio eran abiertamente cristianos ó protectores de los cristianos (1). Osaka y Sacai, que eran las dos ciudades cuya conservacion mas le interesaba, tenian la una un gobernador cristiano, y la otra un infiel, del que se vió en la precision de deshacerse el nuevo emperador, y juzgó que nadie podia reemplazarle mejor que el cristiano Joaquin Riusa, hombre de acreditado valor. La persona mas interesante para la seguridad del monarca, estos, Ucondono, primer capitán de guardias, el coronel general de la caballeria, el grande almirante, el primer secretario de Estado, el tesorero general, el intrépido virey de Boari y otros muchos caballeros igualmente distinguidos por su mérito que por sus empleos, eran adoradores sinceros del verdadero Dios, y muchos de ellos merecian mas bien el nombre de apóstoles que el de simples fieles. Eran por otra parte tan respetados en todo el imperio, que podia dudarse si habia hecho mas el nuevo emperador en confirmarlos en sus empleos que ellos en aceptarlos. Parece, sin embargo, que Taicosama, receloso y suspicaz como todos los tiranos, particularmente con respecto á los discípulos de Jesucristo, rígidos observadores del derecho de magestad y de todos los prin-

cipios de la equidad, no tuvo nunca entera confianza en ellos; á lo cual contribuyó mucho la circunstancia de que el primer capitán de guardias, generalísimo de los ejércitos, y el mas acreditado entre todos los japoneses cristianos, se habia declarado al principio á favor de un hijo del emperador difunto, defendiéndole hasta que este príncipe sin esperiencia arruinó por sí mismo su causa.

Otra de las causas de la antipatía de Taicosama contra los castos adoradores del Dios, hijo de una Virgen, eran las costumbres de este soberano, el mas incontinente aun de los idólatras. Conformándose con el plan de su predecesor, que se habia propuesto subyugar á todos los reyes del Japon, no se limitaba á conquistar reinos, sino que por donde quiera que pasaba hacia que sus agentes se apoderasen de las mujeres mas favorecidas de la naturaleza, ya fuesen casadas ó doncellas. Un favorito suyo llamado Tocun, que de bonzo se habia convertido en reclutador del serrallo, desempeñaba tan bien este ministerio infame, que le temian todas las mujeres hermosas y honradas. Acompañando al emperador por la frontera del reino de Arima, célebre por la belleza del sexo, no quiso perder una ocasion tan favorable para lisongear al monarca. Mas era cristiano todo el pais, y la gente jóven aun mas casta que brillante. Recibieron tan mal al robador impuro, que tuvo á gran fortuna haber salido de allí con vida. Enfurecido con este mal tratamiento, retiróse muy tarde adonde estaba Taicosama, quien estando en un banquete, y habiendo bebido con exceso, juró que mandaria cortar la cabeza á todas las mugeres de Arima.

Todos los compañeros de sus desórdenes, idólatras viciosos que no podian sufrir una Religion tan contraria á sus perversas inclinaciones, se aprovecharon de esta ocasion para escitar al príncipe á declararse formalmente contra los cristianos, que se resistian de aquel modo á sus deseos, y que por poco que lo di-

firiese (añadieron) no le dejarían con su rápida multiplicacion autoridad alguna en el imperio. Irritóle particularmente Tocun contra el generalísimo Ucondono, que era la principal columna de la fé, y le pintó como sospechosa su fidelidad. Consiguió por último que tomase el emperador una resolucion estremada contra todas las reglas de la prudencia. Fué desterrado Ucondono, y poco despues dieron orden á todos los misioneros para que saliesen del Japon. El generalísimo estaba acampado á alguna distancia de la corte con el ejército imperial, que le profesaba el mayor afecto, cuando le intimaron de parte del emperador que eligiese entre abjurar el cristianismo sin perder momento, ó salir desterrado. Por lo general la muerte es para los japones un mal mucho menor que la deshonor; y el valiente Ucondono habia mostrado mil veces en lo mas fuerte de la refriega cuánto preferia la gloria á la vida; pero Ucondono sabia vencer y no rebelarse. No quiso pues meterse ni aun en el exámen de los derechos mas que equivococ de Taicosama al trono, y tomando por regla de su conducta el gran principio de la tranquilidad pública, sacrificó todos sus intereses á la quietud del Estado. Contestó que no se detenía un instante en elegir el destierro, y que del mismo modo elegiria la muerte mas cruel antes que faltar á la fidelidad que debia á su Dios. Marchó al punto al destierro, castigo que en el Japon tiene la nota mas infame y que al que le padece le sujeta en cierto modo á la maldicion pública, de suerte que el desterrado, muerto civilmente y privado de toda sociedad, se vé reducido á buscar un asilo en los bosques y desiertos. Mas el destierro de Ucondono solo sirvió para conciliarle mayor veneracion y afecto, asi en su religiosa familia, gozosa de adquirir un confesor de Jesucristo, como entre todos los vasallos de aquella ilustre casa y una multitud de oficiales que habian servido á sus órdenes y á las de su padre. Todos prefirieron abandonar sus bienes y estados antes que fal-

tar á lo que creían exigian de ellos el honor y la Religion. Desagrado aun á los mismos infieles la injusticia de Taicosama, y el hermano de aquel príncipe y otros gefes idólatras ensalzaron en gran manera la constancia del confesor ofreciéndole todos los servicios que pudieron prestarle.

Parece que el emperador se arrepintió de su primer movimiento de ira, y en general de todo lo que habia mandado contra los cristianos; pues un dia que estaba hablando acerca de la Religion con una señora de la corte, de la que sabia que era cristiana, se le escapó decir que sobre este punto habia procedido con alguna ligereza. Pero un desdichado piloto español con sus imprudentes fanfarronadas vino á frustrar las esperanzas que este cambio habia hecho concebir. Acusado de pirateria este hombre oscuro, cuyo nombre se ignora, y estando á punto de ser confiscado su navio, creyó intimidar á los japones, haciendo un vano alarde del poderío del rey Católico. Les dijo que en los Estados del rey su amo jamás se ponía el sol, pues tenía Estados en las cuatro partes del mundo; que este monarca poseía él solo la mejor parte de ambos hemisferios, y descubriendo un mapamundi en la sala en que así se espresaba, hizo que los allí presentes recorriesen con la vista el continente inmenso de las grandes Indias, las innumerables islas que las circundan desde el África hasta las Filipinas, la multitud de plazas que le pertenecian en el África, las dos terceras partes de América, y generalmente todo lo que pertenecía al rey de España en las cuatro partes del mundo. Asombrados y atónitos los japones á vista de tan grande monarquía, preguntaron de qué modo se habia logrado formarla, á lo cual el castellano, queriendo darles á entender que no estaban libres de las empresas ó resentimiento del rey su amo, les contestó: «Nada mas sencillo: para conquistar un pais, nos basta que en él pongan una vez el pie nuestros sacerdotes, pues ellos instruyen en

(1) *Hist. del Jap. lib. 7.*

nuestra Religion á los pueblos, y cuando ya han convertido un número regular, se envían tropas que, apoyadas por estos nuevos cristianos, se apoderan fácilmente de todo lo demas.

Referido esto á Taicosama y cotejado con las diarias invasiones así de portugueses como de españoles, y en particular con los preparativos que hacían entonces contra la grande isla de Mindanao, muy conocida de los japones, todos estos recelos, junto con el terror general que los grandes buques de Europa esparcían por todos los mares de Oriente, decidieron en seguida á un príncipe tan violento como suspicaz. Confiscó pues el navio, hizo espulsar del Japon al piloto y á todo su equipaje, y mandó se prendiese á los misioneros, y desde luego á los de Meaco y de Ozaca, que eran las dos principales ciudades del imperio (1596). Había solamente nueve de ellos en estas ciudades, á saber: tres jesuitas y seis franciscanos; pues los demas, luego que supieron el nuevo furor del emperador contra el cristianismo, se habian retirado ya á los Estados de los príncipes cristianos, desde donde administraban en secreto los auxilios de su ministerio á los fieles de los otros reinos, con la esperanza de que satisfecho el emperador al ver la discrecion con que procedían, no tardaría en mudar de conducta. En cuanto á los príncipes que les dieron asilo, el rey de Arima principalmente, y á ejemplo suyo los de Fingo y Bongo, declaráronse á su favor de un modo tan visible, que no podemos menos de atribuir á una disposicion particular de la Providencia la quietud con que los dejó vivir el soberbio Taicosama.

En estas circunstancias trató el rey de Arima de hacer que abrazasen el cristianismo aquellos vasallos suyos que eran todavía idólatras, y tuvo la felicidad de ver realizados sus piadosos designios, á pesar de la persecucion que recelaban todos, y que lejos de retardar la conversion pareció acelerarla. Tras-

ladó el rey de Fingo al generalísimo desgraciado y á toda su comitiva á la isla de Junomiga, la que muy en breve se hizo célebre por concurrir á ella los cristianos mas distinguidos, que iban en gran número á honrar á aquel ilustre confesor, y le tributaban ya una especie de culto. Muchos quedaron tan prendados de la alegría celestial que gozaba con él su ilustre familia, despojada de todo, que renunciando ellos tambien sus empleos y dignidades se establecieron en aquel asilo de la inocencia y de la verdadera paz. El anciano rey de Bongo, que hubiera competido en celo con todos los demas, había muerto en olor de santidad. El rey Josimon, hijo indigno de un padre que fué apóstol y soberano de sus pueblos, apostató de la Religion cristiana persiguiendo á los cristianos, despues de la muerte de su padre, á lo menos por algun tiempo. Tambien mandó derramar la sangre de muchos, siendo estos los primeros mártires que la persecucion declarada dió á la iglesia del Japon, la cual recibió así de un príncipe cristiano sus primeras heridas; mas la reina viuda, dos princesas hermanas del rey, y las personas mas ilustres de la corte perseveraron en la fé con un valor que nunca se doblegó á las amenazas ni á la violencia.

Recibieron entretanto un gran consuelo los confesores y todos los fieles del Japon, al propio tiempo que los que se le daban experimentaban las mas crueles amarguras. Es el caso que entonces regresaron al Japon los embajadores que de allí habian salido siete ú ocho años antes para ir á Roma. Los testimonios que del paternal cariño del Sumo Pontífice llevaban á sus compatriotas cristianos, suspendieron todas sus aficciones; mas los embajadores, que solo recibían noticias melancólicas, á saber, el fin trágico de Nobunanga, la elevacion de Faxiba al trono imperial, la proscripcion del cristianismo en el imperio, la muerte del rey de Bongo y del príncipe de Omura, que fueron en otro tiempo los mas firmes apoyos de la iglesia del Japon, y la apos-

tafia del nuevo rey de Bongo; los embajadores, repito, experimentaron todos los efectos de la sorpresa y del dolor que debían causar unos reveses tan funestos como imprevistos. Sin embargo, lejos de disminuirse su fé, adquirió un nuevo grado de heroismo, y juzgando que era poco el perseverar en ella, dedicáronse al apostolado, y renunciando todas las grandezas del siglo, entraron en el noviciado de los jesuitas, á fin de multiplicar los operarios evangélicos que eran entonces mas necesarios que nunca.

Los que habian sido presos en Ozaca y Meaco, cuyos nombres se habian remitido al emperador, estaban ya en el momento de recibir la corona del martirio (1). Había mandado tambien aquel príncipe formar una lista de todos los cristianos que asistian á las iglesias de dichas dos ciudades, con cuyo motivo se esparció en las provincias la voz de que iba á darse muerte á todos los que no quisieran adorar á los dioses del imperio. Esta noticia que al parecer debía producir una consternacion general, despertó tal ardor de padecer el martirio, que quedaron admirados los idólatras. Dando ejemplo, como siempre, el generalísimo Ucondono, corrió inmediatamente á establecerse en medio de los misioneros, opinando que no dejarían de prenderlos y que él participaría de sus prisiones y suplicios. Imitáronle dos hijos del mayordomo mayor del emperador, siendo muy digno de notarse que el de mas edad, que tenía la futura de los empleos de su padre, anduvo doscientas leguas para ir á Meaco, y se vistió como los misioneros para que le prendiesen mas pronto. Todos los criados, á quienes pretendió despedir, protestaron que morirían con él. Su hermano menor, que se hallaba en el seno de su familia, tuvo que luchar contra el cariño y ternura de sus parientes y aun contra las amenazas de su padre, que era pagano,

(1) Hist. del Jap. lib. 8.

aunque muy afecto á los cristianos; pero demostró un valor que los obligó muy luego á desistir de su empeño. Animado del mismo espíritu un primo suyo, mantúvose con la mayor firmeza, aunque vió desmayarse su tia, muger del mayordomo mayor, al considerar los peligros á que se esponían sus hijos y su sobrino; hizola antes bien reflexiones tan exactas y tan patéticas acerca de una muerte tan preciosa, que todos los concurrentes elogiaron su determinacion, al menos con sus lágrimas. Un príncipe, pariente del emperador y dueño de tres reinos, se encerró en la casa de los Jesuitas para morir con ellos. Otro príncipe, á quien acababan de bautizar, publicó en sus Estados que castigaria con severidad á todos aquellos que en caso de preguntarles si su príncipe era cristiano, faltaran á la verdad ó lo disimularan. Temiendo un señor de los mas poderosos y celebrados por su valor el que no osasen prenderle en su casa, presentóse con su muger á uno de los ministros de la persecucion, sin mas acompañamiento que su hijo de diez años, á quien llevaba de la mano, y una hija de tan tierna edad, que por no poder caminar todavia iba en brazos de su madre. Presentábase con intrepidez aun las personas mas comunes ante los ministros de la justicia, y en una palabra, todos ponían particular cuidado en no perder la ocasion de firmar con su sangre la confesion de su fé.

Trabajaban á toda prisa las señoras de distincion, con sus criadas, en hacerse vestidos magníficos para celebrar el dia de su muerte, al que daban ellas el nombre de dia de su triunfo. Reuniáanse en las casas donde les parecia que las encontrarían mas fácilmente, y entre las mugeres de Meaco hubo una que rogó á las otras la llevasen arrastrando al suplicio, si veían que se retiraba ó que mostraba algun temor. Vióse á una señora jóven disponer con la mas perfecta serenidad su sacrificio, aun en las cosas mas pequeñas, y componer su ropa de modo que pudiese presentarse, según todas